



Analía Gerbaudo

Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984-1986)

Santa Fe/Los Polvorines

UNL/UNGS

2016

352 páginas

Facundo Nieto¹

Viñas, Sarlo, Ludmer, Pezzoni y Panesi: profesores de literatura

Entre 1984 y 1986, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, cobra espectacular visibilidad una profunda ruptura de paradigmas en torno a los estudios literarios que venía gestándose en la clandestinidad. Es recién a partir de entonces cuando los estudiantes universitarios comienzan a oír a un puñado de docentes hablar de Shklovsky, Voloshinov, Barthes, Foucault, Derrida, Bourdieu y Williams y, consecuentemente, de *serie literaria*, *ideología*, *muerte del autor*, *formaciones discursivas*, *campo intelectual* y *estructuras del sentir*, categorías que –hoy

parte del sentido común de la crítica– marcaron entonces una extraordinaria renovación del pensamiento teórico, irónicamente en el mismo momento en que en Francia anunciaba su agotamiento. La razón es simple: por aquellos años, en las aulas de Marcelo T., comenzaban a dictar clases, entre otros profesores, David Viñas, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, Enrique Pezzoni y Jorge Panesi.

De estos personajes y de aquellos años de renovación teórica (pero también de los años de gestación y de los años posteriores), se ocupa Analía Gerbaudo en *Políticas de exhumación*, un exhaustivo

¹ Profesor en Letras por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Enseñanza de la Lengua y la Literatura por la Universidad Nacional de Rosario y Doctor en Educación por la Universidad de Valencia. Investigador docente adjunto en la

Universidad Nacional de General Sarmiento, a cargo de las asignaturas *Enseñanza de la Lengua y la Literatura* y *Residencia II en Lengua y Literatura*. Mail de contacto: fnieto@ungs.edu.ar

análisis de entrevistas, testimonios, libros, revistas, documentos, programas de asignaturas y, fundamentalmente, desgrabaciones de clases en las que se evidencia aquello que la autora denomina “fantasías de nano-intervención”, acuñadas por los críticos que enseñaron literatura argentina y teoría literaria en la universidad pública de la posdictadura. Así, aun pese al enorme impacto que tales intervenciones produjeron en la historia de la crítica literaria y cultural de nuestro país, con el concepto de “nano-intervención”, Gerbaudo busca subrayar el carácter minúsculo de las acciones con que los críticos generan propuestas tentativas, en las que importan menos los logros efectivos que la potencia del deseo de interpelar.

El libro se divide en tres partes (precedidas por dos prólogos): “Prolegómenos”, “Clases” y “Estelas y restos”. La primera constituye una verdadera declaración de principios éticos y teóricos. Bajo el fuerte influjo de categorías derridianas que maneja con impecable destreza y que impregnan su escritura, Gerbaudo desarrolla, en primer lugar, una política del archivo y de la exhumación, que se reconoce entre un gesto conservador y potencialmente revolucionario, renuente tanto a la totalización como a la marcación de un origen. En segundo lugar, define polémicamente la problemática categoría de “posdictadura”, que aquí se extiende desde la primavera alfonsinista hasta 2003, decisión metodológica que contribuye a evidenciar la incidencia de los poderes económicos consolidados durante la dictadura aun veinte años después de los inicios de la democracia. Pero, fundamentalmente, esta primera parte se propone trazar una pormenorizada historia intelectual que, a la vez que demuestra la quiebra de proyectos de docencia e

investigación como rasgo específico de la institucionalización de los estudios en Letras en nuestro país, ubica a cada uno de los críticos protagonistas de la renovación y narra una prehistoria de las clases dictadas entre 1984 y 1986: es así como *Políticas de exhumación* es también un libro sobre el Centro de Adolfo Prieto y Ramón Alcalde en Rosario durante la dictadura de Onganía; sobre las revistas *setecientosmonos*, *Los libros*, *Punto de vista* y *Lecturas críticas*; sobre los proyectos editoriales de EUDEBA y el Centro Editor de América Latina, y sobre el funcionamiento de la “universidad de las catacumbas” durante la dictadura de 1976.

La segunda parte, “Clases”, examina las desgrabaciones de las intervenciones orales de los cinco profesores-críticos seleccionados, a la luz de sus programas de asignatura, la bibliografía producida por ellos mismos y los testimonios de quienes por aquellos años fueron sus alumnos en la Facultad. Tales testimonios son, para Gerbaudo, “cuentos”: relatos (y relatos de relatos) que, por oposición a la inflexión positivista del documento, no temen saberse ficcionales, ni construcciones que se enredan con otros relatos, producidos por testigos responsables de que lo narrado sobreviva.

La serie se inicia con David Viñas, a quien Gerbaudo observa como un formidable importador de Sartre y Goldman, extraordinario lector de los lenguajes y feroz enemigo de los clichés. Beatriz Sarlo es la implacable formuladora de dictámenes teóricos y estéticos y la gran divulgadora cuya fantasía de intervención reside en establecer lazos entre bibliografía y lectores especializados y no especializados. Josefina Ludmer es una militante que aborda la teoría literaria como forma de activismo: los modos de

leer son mecanismos de la acción política y, gracias a ellos, es posible alterar prácticas culturales. Enrique Pezzoni es el profesor que sabe combinar teorías heterodoxas y que, lejos de un aparato teórico homogéneo, elige eventuales conceptualizaciones en función de los diversos puntos de vista que los objetos le proponen. Jorge Panesi constituye un modelo para el ejercicio deconstructivo en la lectura de la crítica y en el énfasis en las derivas epistemológicas y metodológicas de sus formulaciones.

La última parte, “Estelas y restos”, explora las repercusiones que aquellas clases tuvieron en “los herederos”, es decir, tanto en quienes por aquellos años eran estudiantes y hoy son investigadores y críticos, como en quienes, desde fuera del ámbito de la Universidad de Buenos Aires, estaban al tanto de lo que ocurría en las aulas de Marcelo T. gracias a las míticas desgrabaciones de “SIM” y “Fotocop”. En este punto, Gerbaudo repasa los testimonios y producciones (los “cuentos”) de Daniel Link, Marcela Croce, Gustavo Bombini, Alberto Giordano, Miguel Dalmaroni, Álvaro Fernández Bravo, Laura Scarano, Annik Louis y Marcela Arpes, entre otros.

Referente en la investigación en teoría literaria, pero especialmente en el campo de la didáctica de la literatura, Gerbaudo no puede sino interrogar las clases en clave fundamentalmente didáctica, y este es uno de los puntos más significativos del libro. Desde los aportes de Edith Litwin, lee la “configuración didáctica”, es decir, el conjunto de estrategias que despliega cada crítico para favorecer los procesos de construcción del conocimiento. Desde los aportes de Philip Jackson, analiza las “enseñanzas implícitas”, aquellas no incluidas en la programación de las clases. Desde los aportes de Selma Wassermann, logra

detectar los momentos en que suceden “disonancias cognitivas”. La perspectiva didáctica le permite capturar ese momento presente que la transcripción traiciona y testimonia como irrecuperable (Gerbaudo sabe que las transcripciones son, al momento de la clase, lo que el texto teatral a la fugacidad de la puesta en escena). Es así como imagina a un Viñas cuyas performances, verdaderas dislocaciones que conformaron un “estilo Viñas” o “espectáculo Viñas”, configuran el aula como un ágora inquietante que desarticula las expectativas de aquello esperable en una clase universitaria; la clase de Sarlo es “ejercicio público de lectura”, una instancia que vuelve sencilla la complejidad de una elaboración teórica, una especie de laboratorio en el que pone a prueba sus hipótesis de trabajo; Ludmer se presenta como una docente interesada en abolir la instancia de examen oral y en sustituirla por la práctica de escritura teórica y crítica, una escritura que “no es redacción de ideas, sino que es ideas” (218); Pezzoni es el profesor que más claramente habla de sí mismo (de sus pasiones, sus intereses, sus inquietudes más personales) cuando habla de literatura; las intervenciones de Panesi configuran el modelo de clase deconstructiva, caracterizada por el desenlace impactante como estrategia didáctica, junto con la puesta en suspenso de las hipótesis planteadas. Gerbaudo capta también a cada maestro con su libro: Viñas, obsesionado con Mansilla; Sarlo, con Saer; Ludmer, con la gauchesca; Pezzoni, con Borges; Panesi, con Puig, objetos en los que cada crítico ve cifrada su propia “fantasía de nano-intervención”.

También gracias a esa perspectiva didáctica, y con la misma intensidad que en sus artículos y en sus libros anteriores, pueden leerse aquí las profundas convicciones pedagógicas de Gerbaudo.

Fuertemente posicionada contra lo que denomina “didactismo” o “pedagogicismo demagógico”, esto es “una forma superflua de la escolarización advertida incluso en el posgrado y reclamada en ocasiones por los propios alumnos” (151), formula toda una teoría del programa y de la clase: ambos conforman *relatos*, que deben articular para los estudiantes una lectura posible de los materiales reunidos en torno a los contenidos. De ahí que la clase resulte una instancia imprescindible: lejos de las modas pedagógicas que proponen de manera casi exclusiva la orientación de los alumnos a través de tutorías o de trabajos grupales semipautados bajo el argumento de “propiciar la autonomía del estudiante”, la clase expositiva de literatura constituye para la autora un espacio de formación irremplazable que permite relacionar contenidos, corpus y bibliografía.

Pero *Políticas de exhumación* es, sobre todo, una autobiografía (Gerbaudo lo sugiere en el bellísimo prólogo titulado “Manzanas, papeles, pasajes”: este sería su primer “libro propio”). La detallada descripción de los avatares institucionales en lo que respecta a la enseñanza de literatura en la Universidad Nacional del Litoral, donde estudió y enseña, no es sino un modo de contar su propio “cuento”. Ese relato permite comprender dos de las principales obsesiones de Gerbaudo. En primer lugar, el rechazo por una formación literaria articulada en torno a los paradigmas del estructuralismo, la estilística y la hermenéutica, al menos en sus versiones lingüisticistas, aplicacionistas, diseccionistas y presuntamente asépticas, que, consolidadas en la universidad durante las dos últimas dictaduras, obturaron por mucho tiempo toda posibilidad de problematizar críticamente el texto literario. Todavía hoy observa con

preocupación que muchos estudiantes sigan condenados a transitar clases en las que un corpus se amalgama como un amontonamiento cuya única articulación es meramente temporal, y que se lea ignorando la crítica y la historia cultural. En segundo lugar, el significativo valor que tiene la alta divulgación, especialmente para quienes, como Gerbaudo, se formaron en una época en que, sin internet y sin bibliotecas equipadas, resultaba difícil acceder a información sobre congresos y a bibliografía teórica y crítica actualizada; de ahí que insista en el dato de que las clases de los críticos circularon no sólo como material de estudio para los estudiantes de la UBA, sino como material de divulgación para los profesores que trabajaban en diferentes niveles educativos y que viajaban a Buenos Aires para conseguirlo. Es aquí donde Gerbaudo se reconoce “en la imagen intelectual que Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano componen de Sarmiento cuando lo describen estudiando a partir de los envíos provocados por la red de libros disponible” (47).

En relación con la primera obsesión, la del rechazo de los aplicacionismos, Gerbaudo registra la actualización teórico-crítica de la UNL recién durante la primera década del siglo XXI, actualización que, aunque no lo mencione, se debe en gran medida a su infatigable trabajo intelectual, especialmente desde que creó allí el Centro de Investigaciones Teórico-Literarias (CEDINTEL). En relación con la segunda obsesión, la de la difusión del saber producido en el ámbito académico, en *Políticas de exhumación*, Gerbaudo imita con maestría –“fidel porque infiel”, como le gusta citar– el gesto a la vez analítico y divulgador que practicaron rigurosamente aquellos críticos notables

en los inicios de la democracia.